

CRISTINA VALDEZATE RAMOS

La librería

La librería

Cristina Valdezate Ramos

Este relato ha obtenido el Tercer Premio en el VI Certamen de Relatos “Literatura y Biblioteca”, convocado con motivo del Día de la Biblioteca, el 24 de octubre de 2019, por la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Comunidad de Madrid.

Mi librería es triste y oscura, supongo que como mi vida, y un poco como yo.

No tengo amigos, ni novia, ni familia. Mis padres murieron hace ya tiempo. Solo tengo esta librería, atiborrada y polvorienta, que heredé de mi abuelo Manuel.

Vivo tranquilo, no tengo ambiciones ni sueños. Nada pretendo.

Mi vida transcurre en esta librería vieja. Ando descalzo entre las estanterías repletas de libros que ya nadie lee. Bebo café, escucho bossa nova y canturreo a media voz. No soy un tipo feliz, pero tampoco me considero desdichado.

Noviembre. La ciudad se ve sucia y gris más allá de los cristales del pequeño escaparate. La ciudad que corre, desgasta, desquicia a sus moradores. Mientras, mi mundo permanece tranquilo, ajeno al ruido y al dinero, a las nuevas tecnologías, a la risa y al sufrimiento. Estable y recogido entre sus suelos alfombrados y sus paredes defendidas con libros.

La puerta cruje y una mujer entra en la tienda. Antes de verla, he podido olerla, diría que incluso sentirla, como se siente algo en el propio organismo cuando una tormenta se acerca. Huele a jabón y a peonía.

Surgen del frío y de la oscuridad de la tienda una piel joven y unos ojos de primavera. No puedo evitar mirarla con detenimiento. No es una mujer especialmente bonita, pero su mirada encierra una promesa. Sonríe. Su pelo tiene el color de las flores del tilo y la piel su tersura.

Me pide un libro de viajes. Dice que apenas tiene dinero para viajar y que leyendo guías de viajes es casi una forma de hacerlo. De nuevo sonrío. Se sonroja. Se sujeta un mechón de sol detrás de la oreja. Con femenina naturalidad. Sin artificios.

Me doy entonces cuenta de que estoy descalzo. Y con calcetines, que además de desparejados, presentan un aspecto poco respetable. Intuyo incluso un amago de agujero en uno de ellos. Ahora soy yo quien se sonroja.

Ella, con suma delicadeza, procura no mirar hacia abajo, intentando así evitar mi azoramiento.

Le pido disculpas. Esto es una librería de viejo, en la que solo se pueden encontrar libros usados, literatura clásica, rarezas editoriales, polvo y algo de humedad.

Ella vuelve a sonreír y mira a su alrededor. Parece que sus ojos llevaran luz a todos los rincones de la librería. Y también a los huecos más recóndito de mi alma.

Dice que le gustaría echar un vistazo, si no es molestia. Dice que mi tienda le parece preciosa, que huele a aventuras, a amor, a tragedia. Curioseas entre las estanterías sin alejarse demasiado del mostrador, como si tuviera miedo a perderse. Parece una Caperucita, con su trenca roja, en un bosque tenebroso de libros. Las manos a la espalda, como si no se atreviera a tocar nada, quizás por miedo, tal vez por respeto. Parece tan menuda, pero a un tiempo tan fuerte y tan hermosa.

Se demora entre los estantes, indecisa. En la forma de moverse se adivina que es de naturaleza amable, vivaz y resuelta.

Parece que no quisiera salir de la tienda sin comprar algo, como si se sintiera culpable por haber perturbado mi tranquilidad. Quisiera decirle que nada que ella compre podrá compensarme jamás, ya que ha truncado mi rutina y ha despertado mi corazón de su letargo.

Me pide algo para leer en el tren, de vuelta a casa.

No sé qué ofrecerle. Me quedo en blanco. Es una elección importante, puede que mi vida dependa de ello, porque si el libro que le entrego le gusta, puede que, tal vez, regrese otro día, a por otro libro, y otro día a por otro, y así sucesivamente. Y quizás, después de algún tiempo, en la penumbra de la librería, en algún momento pueda decirle, tal vez me atreva a confesarle...

Ella espera paciente. Tiene la calidez del otoño en los ojos y la blancura del invierno en las manos.

Sobre el mostrador deposito una esmerada edición de *Alicia en el País de las Maravillas*, con las ilustraciones originales de Tenniel, una de las joyas de la colección de mi abuelo.

Dice que ella también se llama Alicia. Sonreímos los dos. Me pregunto si sería demasiado precipitado besarla.

-En mi librería no tengo guías de viaje, pero estos libros pueden considerarse libros de viaje, porque permiten viajar, aunque sea de una manera muy inusual. No se necesitan billetes, ni reservas ni facturar. Tampoco se precisa equipaje. Se puede viajar solo o acompañado. Se puede ir cerca, a la vuelta de la esquina, o viajar mucho, mucho más lejos. Se puede incluso viajar incluso a lugares imaginarios: Oz, La Tierra Media, Gormenghast, Nunca Jamás.

-Y El País de las Maravillas- apunta ella.

-Y también el País de las Maravillas... Ah, y los saltos en el tiempo, también están permitidos en este tipo de viajes.

-Me ha convencido. Me lo llevo- y lo dice con una sonrisa amplia que ha disipado para siempre la niebla que siempre habitaba en mi pecho.

Ella se va, cerrando tras de sí la puerta a eso que llaman vida. Y la oscuridad, más negra que nunca, vuelve a reinar con mano de hierro en mi librería.

Al cabo de un par de semanas, que años parecen, ella regresa. Su luz ambarina y el olor a jabón conquistan de nuevo la penumbra de mi tienda.

-Me ha gustado -dice- aunque el País de las Maravillas es un tanto desconcertante. Ahora quisiera un viaje menos delirante. Algo tranquilo, en el campo quizás.

-¿Qué tal una excursión a la hermosa campiña inglesa?

-Sería perfecto.

Y su mano acaricia, mezcla de ternura y respeto, un ejemplar de “Lejos del Mundanal Ruido”, de Thomas Hardy, que yo he depositado despacio sobre el mostrador de madera. Cadáver de roble viejo que nos separa como una sima infranqueable.

-Este libro ha tenido mucho recorrido- dice ella más para sí misma que para mí, sin apartar su mano liviana de la cubierta.

-Así es. A mí me gusta decir que ha sido un libro muy vivido. Este era uno de los libros favoritos de mi madre.

Con el frío de enero, a ella le gustaría ir a la montaña, a ver esa maravilla esponjosa y suave que nos niega la ciudad.

-Me gusta mucho la nieve, ¿y a usted?- dice mientras se quita los guantes.

Le confieso que sólo he visto la nieve una vez, cuando siendo pequeño mi padre me llevó a Valsaín. Me pareció el lugar más hermoso del mundo.

Le propongo esta vez, como viaje para el invierno, *La Montaña Mágica*, de Thomas Mann.

-Algunos piensan que es un libro un tanto complejo, pero no se deje usted desanimar- le sugiero.

-Todo éxito requiere un poco de esfuerzo -responde ella- o eso al menos decía mi abuela.

Y van pasando los días, las semanas, el tiempo. Un anhelo se ha anclado en mi alma, de una manera imprecisa pero tenaz.

-¿Qué le parece, ahora que la primavera está a la vuelta de la esquina, visitar Florencia?- le pregunto una tarde de mediados de marzo, en la que el sol, el frío y el viento luchan por conquistar el cielo.

-Me parece una buena idea, tengo ganas de arte, de perfección, de belleza clásica. Pero creo que necesitaré un vestidito de flores- responde ella

con una naturalidad sin intención coqueta, que me hubiera conquistado, si no estuviera ya absolutamente rendido a su forma de ser.

Ella se lleva *Una habitación con vistas* de E.M. Foster asomando por su bolso de tela. Por primera vez la acompaño hasta la puerta y miro a través del escaparate de para verla caminar calle abajo. No me sorprende cuando se detiene en la floristería y compra un ramo de tulipanes. De un rosa tan pálido como el lóbulo de sus orejas.

-Y París, ¿lo conoce usted?

Ella se sonroja y confiesa avergonzada que estuvo solo un día, siendo niña, cuando sus padres la llevaron a Disneyland.

-Bueno, eso no cuenta. Mi querido y afable Quasimodo le acompañará a usted encantado en sus idas y venidas por la ciudad.

Un sencillo ejemplar de *Nuestra Señora de París*, de Victor Hugo, encuadernado en piel de color burdeos, se deposita en la cima de nuestra frontera.

-A Londres he ido en diversas ocasiones, es una ciudad que me fascina -dice ella, cerrando el paraguas, en un tormentoso día de mayo- No me importaría volver, en un viaje rápido, si es posible. No dispongo esta vez de mucho tiempo...

-Tengo la opción perfecta para su escapada de fin de semana. La Señora Dalloway estará encantada de recibirla en su residencia londinense.

Junio, además de luz y aroma a tilos en flor, trae a mi librería a la viajera lectora con un vestido de lunares. Sus hombros redondos lucen como flores en el prado baldío de la tienda.

-Con este sol creo que me apetece mar, dice a modo de saludo, Algo liviano, divertido quizás, que no sea muy complejo...

-¿Le gustan los animales?

-Bueno, creo que nunca los he odiado. ¿Qué me propone?

-Un viaje a la preciosa isla de Corfú, con Mr. Durrell y su familia.

-Creo que entonces tendré que llevar un sombrero de paja y unas gafas de sol. Y crema protectora, que enseguida me quemo y luego me salen pecas...

Me pregunto cómo serán sus mejillas de flor con pequeñas motas de sol atrapadas en su blancura.

Los días, como los viajes, se van sucediendo. Pronto llega el otoño y se convierte en invierno. Las hojas doradas suceden a la desnudez de las ramas.

Las lecturas, como las hojas, también se suceden. Los libros viajan, y ella viaja con los libros. A veces vuelve en un par de días, en ocasiones tarda meses en volver. Y la espera se me hace insoportable, como si mi tienda, mis libros e incluso yo solo existiéramos para ella. Si ella no viene, mi librería y yo no existimos.

Pero ella siempre regresa de su viaje: a veces entusiasmada, otras con una crítica suave, según haya o no disfrutado de la lectura viajera.

Un día llega con una maleta, recién comprada. Es una maleta enorme, en la que cabría toda una vida joven. La suya quizás.

Mi viajera lectora está exultante de felicidad. Apenas cabe en su camiseta de rayas la emoción de su joven corazón. Sus ojos brillan con la pureza de la mañana. Y en su pelo embrollado se adivina la precipitación de haber salido de casa sin mirarse al espejo.

Viene a despedirse. Dice que en verano conoció a un chico ruso y que va a visitarlo a Moscú. Y que si todo va bien, quizás no regrese. Su piel de flor se cubre de rubor. Está claro que está enamorada y que este es su primer amor.

Me pide un último libro, un último viaje. Dice que echará de menos mi tienda, pero nada dice sobre mí. Y algo se me rompe dentro, una pieza que seguro ya no tiene arreglo.

-Creo que *Anna Karenina* podría gustarle. Habla de Moscú, de una mujer hermosa, enamorada...

Y sobre el mostrador de madera de roble, que mi abuelo encargó a un artesano de Llanes, deposito un ejemplar del maestro Tolstoi, encuadernado en tela azul prusia, con los cantos dorados.

Como siempre hace, sus manos acarician el libro antes de llevárselo, como si por su mero contacto pudiera conocer el carácter de la historia y sus personajes. Sus dedos se recrean mientras recorre las letras grabadas en oro, el nombre de la heroína, la tela desgastada.

Entonces levanta los ojos de verde otoño, y algo descubre en mi expresión que le arranca de golpe el buen color de la cara.

-De veras lo siento- me dice.

-Quizás usted regrese. Siempre regresa de sus viajes.

-Quizás lo haga.

-Aquí estaré por si acaso.

Antes de irse, sus dedos tocan ligeramente mi mano. Y vuelvo a sentir la promesa, el verdor, el tilo y la peonía. La dulzura de unos días que están por llegar, cuando ella regrese, una vez más, a mi pequeña y oscura librería.